



Metáforas al aire,
núm. 4, enero-junio, 2020.
pp. 158-161
ISSN: 2594-2700

Florencia

Xochitl Montserrat Corona Martínez*

*Florencia, susurré.
Era mi cuerpo temblando de miedo.
Florencia, escúchame, le supliqué.*

Bajo un sol estrellado, mis ojos sólo tiritaban bajo el reflejo de sus ojos miel. Bajo aquel árbol mi corazón palpitaba de miedo. No quería perderla. "Florencia, Florencia" repetí. "¡FLORENCIA!" gritó mi alma. Con escandaloso sonido toda mi alma gritó. ¿Cómo era posible que no me escuchara? Así transcurrieron los días. Yo sólo deseaba mantenerme cerca de su alborada, de sus cabellos matices y de sus sueños frustrados. De poder acontecer un día más junto a sus martirios y poder completar sus fallos con los míos. Nos parecíamos tanto, que a veces soñaba que éramos una sola alma. Y fue hace más de veintitantos años que supe que mi corazón se partía al escuchar sus quejidos. Al escuchar sus lamentos, sus reproches, sus fracasos. Florencia era como una luz de manantial, era como la suspicacia de un niño cuando juega a ser invisible. Sus ojos eran dos perlas de vida, y sus manos como la seda de aquella prenda que ha tejido mi abuela. La mujer que trajo con vida a todas mis alegrías.

Florencia no solía hablar, era callada, era turquesa. Color gris que alumbra hasta los colores más claros que podían existir. Para Florencia los colores no eran abstractos, ella los veía en las montañas, en los cielos resplandecientes, gozosos de verla cada mañana.

Aún así, Florencia tenía una tristeza que llevaba a casa, a donde iba a recoger los frutos. A ella se le miraba aturdida, encriptada, confundida. Florencia era vida, y sus palabras eran poemas que quien los escuchara podía transportarlo a paisajes surrealistas. Florencia no lo sabía,

* **Estudiante de Licenciatura en Psicología en la Facultad de Psicología; y estudiante de Licenciatura en Música en la Escuela de Teatro, Danza y Música, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

pero si querías verla tenías que despertarla antes del amanecer, ahí donde el cielo es oscuro, y hay un asomo de colores rojizos. Florencia apresuraba al amanecer. Ella tomaba sus manos y las enterraba en la tierra mojada. Podías reconocer cuando el día había decidido comenzar las horas, comenzar sus lluvias, sus soles.

Así transcurrían sus días, clamaba por sus sonrisas, por sus amores por sus angustias. Era tal el desconsuelo de sus quehaceres que no sabía dónde pararía mi mente, y melancolía.

—Florencia, escúchame, aquí estoy, te pido no dejes de amarme.

De pronto Florencia salió despavorida, como huyendo de mis lágrimas de mis desconsuelos, de mi insistencia. Si existía algo que pudiera haber tocado hubieran sido sus mejillas rojizas, las que apenas me esperaban cada día, pero ha huido. ¿A dónde se ha ido? ¿por qué se marchó? No puedo dejar de tararear su nombre, su esencia. Es un impulso incontrolable, amarle es amar la flor que lleva su nombre.

Ágilmente decidí correr a buscarla, no me importó la tormenta que comenzaba a llenar mis ojos, la tormenta que empapaba mi vida entera. Corrí y sin freno busqué por toda la aldea, Florencia no estaba,

—¡Florencia! ¡Florencia! —gritaba— ¡Florencia!...

Al día siguiente corrí hasta su puerta, inconmensurablemente toqué, toqué más de las veces que puedo recordar, mis sentidos estaban descubiertos, mis manos no sabían dónde golpear.

—¡Florencia!, ¡Abre la puerta!

De entre tanto golpear, mis manos sangraban, mis ojos lloraban y ahí estaba sin recibir nada. Mi dolor era tan grande que mi corazón sangraba, Florencia, se había marchado. Mis lágrimas eran sangre y mis manos agrietadas solo deseaban tocar a Florencia. Tocar sus mejillas rojizas, tocar sus manos de seda.

Tal vez el dolor que llevaba la hizo huir de su natal aldea, de sus costumbres, de sus placeres. Del amor que me profesaba y nunca pudo confesar. Yo confesé mis delirios y enajenación constante para su vida. Cada día con atención seguía sus martirios, talentos y amores.

Florencia se marchó y nunca pude hablarle de esa llama que consume mi mente, mi corazón, las aves ¿Qué no saben? De los cantos que tanto profesé para ella, de las letras que marcadas llevo en mis brazos, en mis hombros, en mi cuello.

En mis hombros llevo la alegría de cada día al verla en mis brazos, imaginando tenerla conmigo siempre. Así las noches se han ido. Los días han transcurrido, y mis emociones como un torbellino al contemplar su vestido azul, aquel que llevó el día que nos dimos nuestro primer beso. Mis labios aún tiemblan y mis pies permanecen sangrados; como una gaviota mis ojos la buscan, mi piel se agrieta, mi alma se marchita cada vez que escucho su nombre cuando camino buscandola en la madrugada, cuando permanezco con miedo, y nadie ha de percibirnos. Dios que estás en los cielos, regresa a Florencia, regresa su sangre, trae consigo anhelos de aldea, pequeños destellos de vida. Aún lleva consigo la inocencia de niña, sus amores secretos... aún debe amarme, perdonar mis ocurrencias, mis desplantes, aún no consuela mis noches, cuando alguna pesadilla ronde mi rostro, ronde a mis pasos. Dios que estás en los cielos te ruego la traigas conmigo, te ruego no mates este amor que le profeso.

Así pasaron los días.

—¡Florencia! —gritaba —¡Florencia! —y de pronto escuché susurrar una voz.

—Aquí estoy, ¡aquí!, ¡aquí! —. Yo no sabía de dónde provenía, caminé hasta encontrarle, pero ¿qué?... ¿Florencia?....

¿Cuántas veces has podido tocar el cielo con las manos?, ¿has podido subir a un árbol y mirar las estrellas con el corazón en la mirada?, ¿alguna vez has conocido el mar en verano?, ¿alguna vez has escuchado el chasquido intermitente de un reloj?, ¿de las manecillas de un reloj? Como una ola en medio del océano, como la sequía del desierto a punto de llover, como un trueno en tiempos de otoño, como un ángel buscando un humano, como gacela queriendo parar, descansar.

Florencia, mi Florencia, el nombre que he pronunciado más veces que mi nombre, los ojos me brillan cuando imagino su senda, ¿por qué el amor es ermitaño?, no está cuando lo necesitamos, no está.

A veces se escapa, y te encuentra, te posee, arranca de ti las entrañas y se viste de seda, te empapa el alma, te habla a través de su cabellera, consiente tus caricias, consiente tus tristezas, no objeta tus temores, no cuestiona tus inseguridades. Florencia era ese camino de paz, su alma era pura, y sus labios vírgenes de amor. Sus brazos

**A veces se escapa,
y te encuentra, te
posee, arranca de
ti las entrañas y
se viste de seda, te
empapa el alma.**

cargaban rebaños, cargaban poesía. Como la luna en medio oeste, como la pluma de un quetzal. Sus colores eran eternos, eran matices.

Florencia era inocente, un alma blanca con destellos de inteligencia, un amor encriptado. Sus días le pertenecían, era libre como una gacela a punto de descansar. Florencia era pura, era romántica, se enamoraba en silencio, sus secretos eran polvo de estrellas, verla era como ver la furia de un diente de león, suave y preciosa, su andar era perfecto, era un sueño besar sus pestañas, su fragilidad.